

V

DISCURSO DE INGRESO EN LA
REAL ACADEMIA SEVILLANA DE CIENCIAS
VETERINARIAS.

Homenaje al recuerdo del
Dr. D. Antonio Seras González, eminente Bacteriólogo

LUIS GARCÍA FERRERO

Contesta

ÍLTMO. SR. DR. D. J. A. FERNÁNDEZ TAVIRA



*Ilmo. Sr. D. Luis García Ferrero y
su esposa la Ilma. Sra. D^a. Encarnación Vargas González*

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia Sevillana de Ciencias Veterinarias, ilustrísimos académicos, queridos compañeros, señoras y señores.

Ante todo quiero agradecer la oportunidad que me brinda mi querido Presidente de esta

Real Academia de Veterinaria para ocupar un puesto en ella.

Asimismo, sería una ingratitud no acordarme, al comenzar mi intervención, de otra persona muy especial para mí: yo siempre he tenido muchos contactos y una gran amistad con mi amigo Antonio Seras Chopard, prestigioso veterinario y gran persona.

Él ha sido quien me ha ayudado a buscar, rebuscar y, muchas veces, investigar datos de

la persona sobre la que gira esta ponencia, su abuelo, el Doctor Antonio Seras González, un gran bacteriólogo, luchador nato y muy amigo de los veterinarios, a los que adoraba, como se podrá ver a lo largo de esta biografía, en la que continuamente aparecerán datos sobresalientes sobre su cariño a la veterinaria.

El Dr. Seras González nació en Huelva, en el seno de una familia muy modesta, allá por

el año 1.869. Fue el tercero de los hijos del matrimonio formado por doña Isabel García de Meneses y don Manuel Seras. Sin duda alguna, su vida quedaría marcada por la pronta muerte de su padre, quedando huérfano siendo todavía un niño.

En Huelva hizo el Bachillerato, coincidiendo todos sus profesores en que era un joven dotado de una gran inteligencia.

Pero su madre, al quedarse viuda, no podía costear los estudios de su hijo, pues ya el mayor, Pedro, estaba estudiando una carrera.

Sin embargo, sucedió algo determinante en su vida: un hermano de su madre se trasladó con su familia a Sevilla, en septiembre de 1.886, precisamente con el mismo fin, para que sus hijos pudiesen estudiar en la Universidad Hispalense.

Ello permitió que, una vez establecidos en esta ciudad, su tío, don Antonio Meneses, se presentara un buen día en su casa acompañado de un muchacho alto, fuerte, con unos arcos superciliares salientes y con una mirada penetrante.

Su esposa, Trinidad, al verlo, se sobresaltó, pues ellos también tenían muchos hijos y, como resulta fácil comprender, en aquellos años tan convulsos políticamente, el dinero no sobraba.

Pero el tío Antonio intentó convencer a su mujer con astucia, haciéndole ver que el muchacho era fuerte y que, además de estudiar, podría ayudar en las tareas de la casa, dándole por ejemplo a la bomba.

Y es que en aquella época, en la mayoría de los patios de las casas de Sevilla existía una bomba, que accionada manualmente, extraía agua de aljibes o pozos.

Ello provocó la risa de la tía Trinidad, que finalmente aceptó, convirtiéndose de esta forma, Antonio Seras, en un hijo más de aquella familia del número 15 de la sevillana calle Martínez Montañés.

Empieza los estudios de Medicina en la entonces denominada Escuela de Medicina de Sevilla, terminando brillantemente la carrera en el año 1.892.

En la Facultad de Ciencias de Sevilla trabajó al lado del Naturalista don Salvador

Calderón, que se dedicaba a la investigación en Histología Animal y Vegetal, así como también en Petrografía. Antonio Seras siempre reconoció admiración, cariño y auténtica veneración por su querido maestro, quien sabiamente supo inculcarle su inmenso amor a la Ciencia Experimental.

Con el objetivo de preparar su Tesis Doctoral, fue a Madrid para estudiar Química Biológica, realizando finalmente los estudios de Doctorado en la Universidad Central con Don Laureano Calderón.

En junio de 1.893 presentó su Tesis Doctoral "Etiología del cáncer", en la que no solo recopiló todo lo que se había publicado sobre esta enfermedad, sino que aportó un gran número de preparaciones sobre células neoplásicas, destacando aquellas en las que se apreciaban inclusiones intracelulares, a las que él dio un gran significado y una especial importancia en la etiología vírica del cáncer.

Todo ello le valió un rápido prestigio y reconocimiento generalizado, como lo demuestra el hecho de que en los Archivos de la Universidad Hispalense, en la recopilación de los naturalistas andaluces realizada por Barrás, se cite a Antonio Seras como uno de los principales.

Pero mientras en su vida científica prácticamente todo eran satisfacciones, en su vida real no fue así. Antes de trasladarse a París, se había casado con su prima Paca, que era precisamente hija de su tío Antonio, el que lo protegía y lo había acogido en su casa de Sevilla y que, por lo tanto, además de su tío se convirtió en su suegro. Paca era una niña siete años menor que él y en la fecha de su boda tenía tan solo diecisiete años. Para poder celebrar la boda fue necesario conseguir la dispensa del obispado.

Cuando la familia esperaba con alegría el nacimiento del primer hijo y nieto, el 18 de junio de 1.893, la joven Paca cae en un estado de eclampsia, del que no pudo recuperarse. Dos días después da a luz un niño, a quien pusieron por nombre Manuel, pero al día siguiente, o sea, el 21 de junio de 1.893, muere Paca a las nueve menos cuarto de la mañana, quedando toda la familia destrozada y atormentada, especialmente su marido, quien no quería apartarse de la tumba, de donde, a la fuerza, tuvieron finalmente que retirarlo sus amigos.

Para colmo de desgracias, ese hijo nacido en tan tristes circunstancias, moriría con tan solo un año de edad.

Una vez recuperado de todo este trauma, es cuando su tío y protector le sugiere que se marche a París, pues él siente un gran cariño y una absoluta confianza en su sobrino. Así que, casi sin pensarlo, se traslada a la capital del Sena, donde estudia al lado de las eminencias médicas de esta ciudad. Concretamente estudia Dermatología con los doctores Fournier y Alpeau. De esta época se derivan sus investigaciones sobre el melanoma y su afán de histopatólogo para poder diferenciar todos los tipos de este tumor de piel.

De esta forma, él observó el melanosarcoma del caballo y comenzó a emplear la aplicación tópica del ácido láctico al 2%, con buenos resultados en el comienzo de su aparición.

También estuvo con el clínico eminente Dieulafoy, pero su inclinación era siempre la de médico experimental y, por ello, solicitó asistir a la Escuela del Doctor Straus.

Tanto era su afán de aprendizaje y colaboración que, una vez allí, desde 1.893 a 1.895, fue el ejecutor de todas las preparaciones que se realizaban en la Cátedra. También allí, realizó trabajos personales sobre la tuberculosis aviar, muy extendida entonces, así como trabajos de investigación

sobre el muermo, logrando cultivar el germen de difícil crecimiento y colaborando en la demostración de la contagiosidad a la especie humana.

Durante su estancia en París, acudía a las conferencias magistrales del insigne Luis Pasteur, del que aprendió absolutamente todo sobre la rabia. Según la Organización Mundial de la Salud esta enfermedad tan peligrosa, todavía en nuestros días, lejos de estar extinguida causa la muerte de una persona en el mundo cada 15 minutos.

A título anecdótico, resaltar que, al cabo de los años, el hijo del Dr. Seras ingresó en la Real Academia de Medicina de Sevilla, eligiendo como tema de su ponencia las variaciones de la Virulencia de aquella vacuna de la rabia por pases en equinos y conejos.

Otro punto de inflexión en la vida de este eminente personaje se produce en 1.895, cuando se crea el Instituto de Higiene de Pernambuco, con el objetivo de estudiar las enfermedades tropicales.

Este Instituto estaba mantenido y sufragado gracias a la colaboración internacional, especialmente para combatir la malaria o fiebre amarilla, de igual forma, sin extinguir aún en nuestros días.

Dicho Instituto contactó con Roux, el genial colaborador de Pasteur, para que le recomendara al técnico más preparado y con la capacidad suficiente para ponerlo en marcha. Roux, a su vez, solicitó a Straus, a través de la Embajada de Brasil en París, el nombre de dicha persona. Entonces Straus dio sin dudar el nombre de Antonio Seras.

Pero el destino estaba echado. Al mismo tiempo que le comunicaron a Antonio Seras la decisión de Straus, se había convocado una plaza para la Dirección del Instituto

Provincial de Higiene de Sevilla, de nueva creación. Seras, quien siempre añoró volver a Sevilla, solicitó la plaza y le fue concedida, cambiando radicalmente su vida a partir de entonces.

Al volver a Sevilla para poner en marcha el citado Instituto, que pronto comenzó a conocerse como el Laboratorio Seras, trajo consigo el virus vacunal de la rabia conservado y conseguido por Passy. Este virus vacunal fue conservado por el Laboratorio Seras durante años y años y nunca perdió su virulencia ni la exaltó.

Otra actuación digna de mención sucede asimismo durante su nueva estancia en Sevilla, cuando con ocasión de la aparición de encefalitis vacunales en algunos países del mundo, la Sociedad de Naciones, hoy extinguida, quiso realizar un estudio serio sobre todos los virus vacunales empleados en el mundo, para lo cual la Fundación Rockefeller empezó a colaborar económicamente en todos los países.

Tras el estudio, se demostró que, de todos los virus investigados, el único en el mundo sin neurotropía y con una gran capacidad inmunitaria fue el procedente del Laboratorio Seras. Lo más sorprendente de todo es que, a pesar de ello, fue el Estado Español, a través de la Organización Sanitaria Nacional, el que prohibió posteriormente la fabricación de la vacuna, hecho sobre el que permítanme que no realice ningún otro comentario adicional.

El Dr. Seras trabajó duramente también contra la viruela. Estando todavía en París, se hizo muy amigo de Chamberlain, con el que pudo estudiar los diferentes cultivos de bacteriología y el estudio de los virus. Fue en esta época cuando le suministraron una cepa de linfa vacunal, que procedía de la empleada por Jenner contra la viruela.

Esta cepa la conservó ya durante toda su vida y la utilizó para realizar pases de ternera a ternera. Esto debe ser motivo de orgullo para todos los Sevillanos, ya que, mientras fue director del Instituto, creó un centro modelo, tanto desde el punto de vista científico como desde el práctico, para erradicar la viruela de nuestra región.

Al margen de lo puramente científico, con el regreso a Sevilla Antonio Seras encontró de nuevo el amor.

Esta vez, ella era hija de otro afamado médico de la ciudad, el Doctor Marcos Romero de Tejada y Descalzo, catedrático de la Facultad de Medicina y Académico.

Como de nuevo había regresado a vivir a la casa sevillana de la calle de Martínez Montañés, para no herir los sentimientos de sus tíos protectores, no dijo nada en principio sobre su nueva novia, Aurelia.

Pero este secreto no podía ser eterno. Su tía Trinidad terminó enterándose y con una violenta escena se desgarró la hasta entonces entrañable convivencia familiar.

El 20 de mayo de 1.896 salía definitivamente de la casa de sus tíos protectores y el 25 de diciembre de 1.897 se casaron Antonio y Aurelia, sin que sus tíos ni sus primos acudieran a su boda.

Pero, quizá, el acontecimiento que le valió definitivamente el máximo reconocimiento sucede en 1.900, cuando una epidemia de peste bubónica se extendió a Oporto. Europa entera tembló y la tremenda alarma estaba más que justificada, pues eran más que conocidos los estragos que producía esta enfermedad.

Además, el hecho de que Oporto fuese puerto de mar aumentaba enormemente la probabilidad de que la difusión de la enfermedad se pu-

diese producir en cualquier momento. Sevilla no era ajena a esta circunstancia, pues la mayor parte de las transacciones comerciales se llevaban a cabo a través del río Guadalquivir. Estaba claro que nuestra ciudad era candidata para la llegada inminente de ratas contagiadas.

Una circunstancia adicional hacía más dramática la situación: en aquella época, la desratización no se realizaba de forma científica. El procedimiento habitual para evitar la entrada de ratas en los barcos consistía en colocar alrededor de las maromas de amarre unas chapas cilíndricas de metal, para que, de esta forma, las ratas no pudiesen trepar por ellas.

En Oporto, desde el primer momento, se creó una Comisión Internacional para estudiar la epidemia, que la componían científicos de fama mundial, entre los que destacaban Calmette, Salimbeni y Kessel.

Por su parte, en Sevilla, al corriente de toda la situación, Antonio Seras tenía una enorme fe en un medio científico para combatir esta epidemia.

Se trataba de la preparación de la vacuna por el método de Haffkine.

El único impedimento que encontró para trasladarse a Oporto a trabajar fue que las Ordenanzas sanitarias de la época prohibían trabajar con el bacilo de Yersin, a no ser que fuese autorizado por la Comisión Internacional.

Pero Seras supo solucionar rápidamente este problema, consiguiendo el correspondiente permiso y trasladándose urgentemente a Oporto. Digno es mencionar, como otro dato más que le ennoblece y le honra, que este traslado se realizó de una forma completamente altruista, costeándose él mismo todos los gastos de desplazamiento y de material necesarios para la preparación de la vacuna.

El presidente de la Comisión era el portugués Camara Pastanha, que había sido compañero en París de Antonio Seras, en la Cátedra del Doctor Strauss, y con el que mantenía una gran amistad. Por ello se le facilitó mucho la recogida de muestras en las autopsias de cadáveres y la preparación de la vacuna.

Durante veintidós días trabajó Seras en Oporto casi sin dormir, realizando autopsias y cultivos por el método de Haffkine, que consistía en el cultivo en caldo o agar del bacilo de Yersin, sometiéndolo posteriormente al baño maría a 68°C y añadiéndole fenol al 0,5%. Con esta vacuna consiguió una gran disminución de la enfermedad. Como método profiláctico se empleó el suero antipestoso.

La prohibición de trabajar con el bacilo de Yersin estaba más que justificada, pues resultaba muy peligrosa su manipulación y en este sentido

hay que destacar que el propio Presidente de la Comisión, el portugués Camara Pastanha, quien realizaba las autopsias con Antonio Seras, murió de peste. A Seras de nuevo le sonrió la suerte y pudo volver, sano y salvo, a Sevilla en posesión de sus peligrosos cultivos y con todas las vacunas y el suero necesario para poner a salvo a la población sevillana si se presentaba la enfermedad en nuestra ciudad.

A tal fin, una vez en Sevilla, continuó preparando más y más dosis de la vacuna. De esta callada y sublime labor solo supieron los más íntimos.

Uno de los testigos de este hecho fue el veterinario don Antonio Rodríguez Palacios, quien cuando años después pronunció su discurso de recepción para ingreso en la Academia de Medicina de Sevilla, narró con gran emoción lo que tuvo oportunidad de ver: las miles y miles de dosis de vacunas y los cultivos que, en prevención del desastre, ya había preparado Seras.

Es evidente que el eminente Dr. Seras fue un adelantado en su tiempo. Otro ejemplo claro de ello fue su actuación frente al mal rojo: en el diagnóstico de la enfermedad ya empezó a preparar los sueros profilácticos y curativos, de los que posteriormente se demostró su gran eficacia terapéutica.

Asimismo llevó a cabo una gran labor para la realización de la vacuna contra el carbunco bacteridiano, salvando a muchos animales. Posteriormente hizo una vacuna especial para las cabras, también con muy buenos resultados.

Otro de los capítulos que merecen especial consideración es el referido al empleo de los salvarsanos en la lucha contra la babesiosis equina, así como en la lucha contra la sífilis humana, para cuyo diagnóstico utilizó la reacción de Wasserman, método con el que fue pionero en Sevilla.

En cuanto a otros parásitos hemáticos, como los anaplasmas y los piroplasmas, comenzó a utilizar los colorantes acridínicos, otro tratamiento con resultados verdaderamente alentadores, sobre todo en ovejas y vacas.

En lo que respecta a la preparación de sueros inmunes, también fue un adelantado, consiguiendo un suero antitetánico en caballos, de un gran poder inmunitario.

Además del ya mencionado suero antimal rojo curativo para el mal rojo, llevó a cabo la producción del suero anticarbuncoso, del suero antirrábico por el método de Pasteur y, asimismo, consiguió un suero antidiftérico de gran poder curativo.

Era tanto el aprecio que los veterinarios le tenían que lo nombraron Presidente Honorario de la Asociación Provincial de Veterinarios de Sevilla.

En definitiva, Antonio Seras siempre tuvo un interés inusitado por la ciencia, especialmente por la investigación bacteriológica y veterinaria.

Durante cuarenta y un años trabajó incansablemente en su laboratorio clínico, conocido como Laboratorio Seras, situado en la sevillana Puerta de Carmona, del que todavía hoy se conserva rehabilitada su preciosa fachada, en la que puede apreciarse en todo lo alto el busto de su idolatrado Pasteur.

No en vano, con el Instituto Pasteur siempre siguió manteniendo un continuo e íntimo contacto. Todavía hoy, su nieto y gran amigo mío, Antonio Seras Chopard, conserva con cariño todas estas comunicaciones que, en forma de revista, recibía procedentes del citado Instituto.

El último trabajo que realiza, estando ya enfermo terminal de una neoplasia de bazo, corresponde a 1.941. Me llena de orgullo haber conseguido rescatarlo y tenerlo en mi poder. Se titula "Los accidentes en la vacunación anticarbunosa bacteridiana" y se trata de un folleto, que se imprimió en junio de ese mismo año.

A modo de conclusión, simplemente quiero volver a hacer hincapié en dos realidades:

Primeramente que, durante toda su vida, trabajó, estudió e investigó con un altruismo total. Y, en segundo lugar, que siempre amó a la ciudad que le acogió. Esta ciudad, Sevilla, le dedicó agradecida una calle, en la zona de La Macarena, precisamente detrás del Hospital Universitario, con el rótulo de Doctor Seras.

Del matrimonio con Aurelia Romero nacieron seis hijos: Antonio, el mayor, que fue médico y veterinario; Carmela; María Luisa; Isabel; Pedro, farmacéutico y médico; y Aurelia.

Para finalizar, expresar mi afecto y cariño a otro grandioso veterinario, don Rafael Gómez Barrios, quien conoció personalmente al Dr. Seras y quien, hace ya tiempo, me lo supo definir de una forma tan contundente como escueta y sencilla:

"Antonio fue un eminente científico y un incansable trabajador. Pero por encima de ello, Antonio fue todo un señor".

Muchas gracias.